

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO II—TOMO III | San Salvador, Domingo 3 de Junio de 1883. | SERIE IX—N. 105

La Iglesia y la civilización.

En el número del Domingo, 6 de mayo, publicámos con este epígrafe algunos extractos de la célebre carta pastoral de Su Eminencia el Cardenal Pecci, que hoy es Su Santidad el Señor León XIII, cuando no se hallaba investido más que de la dignidad episcopal, en lo que ella se refiere á los esfuerzos empleados por la Iglesia en promover el adelanto de las ciencias. Ahora nos vamos á permitir extractar de aquel mismo documento algunos otros párrafos, relativos á lo que la misma Iglesia ha hecho, para mejorar la condición del matrimonio y de la sociedad civil.

Es la suma importancia del asunto y la maestría con que allí se trata, lo que nos autoriza á proceder de esta manera.

—“Volvamos nuestras miradas de esos signos de una barbarie naciente, para fijarlas con agrado y, quiera el cielo! con fruto para las almas, sobre las influencias saludables que posee la moral cristiana para santificar y hacer prósperas todas las sociedades humanas.

“La primera y la más importante es la *sociedad conyugal*, de que nace desde luego la familia, y que crea en seguida la sociedad civil.

“Gracias á la Iglesia, el matrimonio, después de largas ignominias, apareció coronado de una real diadema. Así transformado, no podía menos que convertirse en una fuente de insignes ventajas para la civilización misma... Dadnos esposos que procuren por una parte hacer efectivos los designios de Cristo, y por otra ejercer el ministerio maternal de la Iglesia, y entonces veréis salvada la civilización. Los hijos que salgan de los hogares domésticos para poblar la tierra, llevarán profundamente grabadas en su corazón las máximas de justicia, que son las bases de la sociedad civil, se acostumbrarán por una educación discreta á guardar la disciplina, á respetar la autoridad y á observar las leyes equitativas y justas. En manos de tales padres se formarán caracteres enérgicos y firmes, que no se doblarán ni se dejarán llevar por los vientos de mudables doctrinas. En esos hogares domésticos, santificados por la fé y por

los ejemplos de los padres, los hijos tendrán la dicha de aprender á llevar á la sociedad la humanidad de los sentimientos, la lealtad de las relaciones, la constancia en guardar la palabra dada, etc.....

“¿Y no es, en verdad, un atentado á la civilización, el abrir la puerta al divorcio, consecuencia inevitable y fatal del matrimonio profanado? ¿No se emponzoña la civilización cuando el matrimonio, despojado de su esplendor y de su majestad religiosa, es abandonado en manos de la perversidad obscena, que, bajo pretexto de libertad y de inestabilidad de la naturaleza, viene á hablarnos con impudencia y egoísmo de uniones temporales ó, para hablar sin eufemismo, de complacencias brutales? En estas condiciones, los pobres niños, ó correrían el riesgo de perecer antes de tiempo, privados de los cuidados maternales, como flores que los rayos del sol no vivifican, ó crecerán sin dirección segura, sin vínculos sólidos de afección que los unan á la familia y por la familia á la patria! Y es para hacernos gozar de una tal civilización, que los enemigos de la Iglesia han emprendido su famosa lucha!....

“Las ventajas que la civilización encuentra en las doctrinas, por las cuales la Iglesia regla las relaciones de los hombres, en esa sociedad más vasta, que se llama *sociedad civil*, son nó menos considerables. El poder, dice la Iglesia, viene de Dios. Pero si el poder viene de Dios, debe reflejar la majestad divina para aparecer respetable, y la bondad de Dios para hacerse dulce y aceptable á aquellos que le están sometidos. Quien tiene en sus manos las riendas del poder, sea un individuo ó una persona moral, ya sea que derive sus funciones de la elección ó del nacimiento, en el seno de un Estado democrático ó de una monarquía, no debe buscar en el poder la satisfacción de su ambición ó el vano orgullo de estar sobre los otros, sino por el contrario, el medio de servir á sus hermanos, como el Hijo de Dios que no ha venido para hacerse servir, sino para servir á los demás!

“Palabras y máximas bien cortas por cierto, pero en las cuales se encierra la transformación del poder, la más feliz y consoladora que puede

desearse. . . . El poder que resulta de las enseñanzas cristianas es un poder modesto, laborioso, atento á favorecer el bien, refrenado por la idea de que, en el juicio final, hay castigos reservados para quien ha gobernado mal. . . . Si el poder saca de Dios su razón de sér, su majestad, su solicitud en procurar todo bien, es imposible creer que pueda alguno rebelarse contra él, porque esto sería rebelarse contra Dios.

“La obediencia del súbdito debe ser franca y leal, debe provenir de un sentimiento íntimo, y nó del temor servil del castigo. Debe llevar consigo la prueba de su sinceridad, y hacer voluntariamente aceptar los sacrificios reclamados por quien tiene en su mano el poder para cumplir su ministerio. . . . La Iglesia no aprueba la conducta de los fautores de desórdenes, de los enemigos sistemáticos de la autoridad; y la obediencia que ella inculca encuentra una compensación poderosa en la transformación del poder, el cual, hecho cristiano y despojado de sus antiguas y vergonzosas inclinaciones á la ambición y tiranía, reviste el carácter de un ministerio paternal, sabiamente contenido en los límites de la justicia del mando.

“Si se franquean estos límites, invadiendo el dominio de la conciencia, en el hombre se halla una voz, que responde con los apóstoles: *Antes se debe obedecer á Dios.* Los súbditos flojos, y á quienes bajos temores hacen temblar, no son educados en brazos de la Iglesia. Nacen fuera de ella, en el seno de sociedades que no reconocen otro derecho exterior que el de la fuerza brutal. . . .

“Benjamín Franklin, al terminar una vida que toda había pasado en medio de negocios públicos, y madurada por una larga esperiencia, escribía de Filadelfia: “No puede una nación ser verdaderamente libre, si nó es virtuosa, y mientras los pueblos se hacen más corrompidos y depravados, mayor necesidad tienen de maestros.”

“Otro escritor, Ugo Picolo, cuyo nombre es honrado y venerado de los fautores de *la lucha por la civilización*, decía á su vez: “No debe destruirse la religión, porque un pueblo sin religión cae bien pronto bajo un gobierno absolutamente militar. . . .”

“Así, pues, preguntando al hombre como individuo, al hombre en sus relaciones con sus semejantes, al hombre en la sociedad doméstica ó civil, ha bastado un exámen rápido para convencernos, que las doctrinas de la Iglesia encierran los más preciosos gérmenes de la civilización, y que, puestos en práctica, conducirían infaliblemente á la más alta perfección moral que pueda esperarse en la tierra. . . .

“Y ¿cuáles son los frutos que han recojido las costumbres públicas, cuáles son las ventajas que han sacado las relaciones domésticas y sociales, de la funesta lucha emprendida con el especioso pretexto de abrir á la civilización nuevos y más elevados destinos? La moral arrancada de las manos de la Iglesia y despojada por traición

de sus bases religiosas, ha permanecido como flotante en los aires: ha dejado de ser la regla autorizada de las acciones, y se ha convertido en el azote y vil instrumento de todos los apetitos! “El hombre, se ha atrevido á decir un impío contemporáneo, santifica lo que escribe, y embellece con las flores de la imaginación cuanto ama!” ¿No es fácil, según esto, permitirse, como de ello nos dan ejemplo los autores de esas teorías, hacer todo lo que es torpe, llamar divino el placer de los sentidos, insultar las leyes del pudor, para correr en pós de la belleza que huye como la sombra, y que, en sus primeros arranques, debía elevar nuestra alma á Dios, como escala bendita que nos conduce hácia Él, fuente soberana de cuanto hay de encantador y precioso? Hé aquí los frutos de esa inmensa rebelión nacida hoy en medio del mundo!!”

Estos bellos pasajes apenas necesitan de comentarios.

Basta leerlos para admirarlos y despertar en el alma sentimientos del más vivo entusiasmo á favor de esas máximas y doctrinas salvadoras, que Jesucristo trajo al mundo, y que la Iglesia conserva, mantiene y propaga como fiel guardiana y despensera.

SECCION PIADOSA.

DOMINGO III DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

El cargo que más de una vez hicieron á Jesucristo los fariseos y los escribas, de que *recibía á los pecadores y con ellos comía*, debiera haber servido más bien de motivo de alabanza y encomio de su conducta, y como de una especie de prueba para confirmar la verdad de su doctrina.

Ese carácter de universalidad, que tanto distingue las enseñanzas dogmáticas y morales del cristianismo, era desconocido en los sistemas religiosos de la antigüedad pagana, cuyas aplicaciones eran, las más de las veces, limitadas por las circunscripciones geográficas, ó por épocas determinadas de tiempo, cuando nó lo eran por el privilegiado derecho de las castas sociales.

Jesucristo, redentor de toda la humanidad, á toda ella se dirige en la propagación y enseñanza de su moral divina, y sus máximas igualmente se aplican al rico que al proletario, al noble que al plebeyo, al justo que al pecador.

Hay todavía más. Parece que Jesucristo tiene su especial complacencia en hallarse desempeñando su celestial misión en el mundo, en medio de las clases desheredadas de la sociedad, de aquellas que en todo tiempo fueron vistas de los otros con desdén y menosprecio. Tales eran los niños, los pobres, las viudas miserables, los huérfanos abandonados, y sobre todo y más que todo, los pecadores encenagados en el vicio, á quienes él buscaba con paternal solicitud para traerlos al camino del arrepentimiento y del bien.

Hallábase en las inmediaciones del Jordán, en los lugares mismos donde el Bautista había predicado poco antes la necesidad de la penitencia para preparar los caminos del Señor, cuando los publicanos y los pecadores se acercan á él para rodearle y escuchar sus palabras de vida y de salud.

Los escribas y fariseos, llevados más que de su falso celo, de un odio implacable al Redentor, murmuran contra semejante conducta, y hacen como que se admiran de que él se entretenga con los pecadores en dulces conversaciones, y que coma con ellos en agradable compañía, á fin de moverlos á la penitencia y al abandono de su mala vida.

Esta ocasión tan favorable quiso aprovechar Jesucristo, para enseñar al mundo, cuán grato le era el ejercicio de su misericordia para con los que están en pecado, por grande que sea el abismo en que se encuentran. Dirigiéndose á los reprobadores de su conducta, les dice dos preciosas parábolas.

—“¿Qué hombre hay entre vosotros, dice, que tenga cien ovejas, y si pierde una de ellas, no deja en el desierto las noventa y nueve restantes, y vá á buscar, hasta que encuentra, la que había perdido? Y encontrándola, la pone lleno de gozo sobre sus hombros, y llegando á la casa convoca á sus amigos y vecinos, y les dice: dadme el parabién, porque he encontrado mi oveja, que se había perdido? Os aseguro, que mayor gozo habrá en el cielo por un solo pecador, que haga penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesiten de ella.”

—“O qué mujer, añade, teniendo diez dracmas, si perdiera una, no enciende la luz, y barre toda la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla? Y cuando la encontrare, no convoca á sus amigas y vecinas, diciéndoles: dadme el parabién, porque he encontrado la dracma que había perdido? Así os digo, que habrá regocijo en presencia de los ángeles de Dios por un solo pecador que haga penitencia.”

Nada más tierno que las bellas imágenes, que en estas dos parábolas, nos pinta Jesucristo, para trazar los rasgos de esa bondad inmensa, con que Dios trata al pecador, que vuelve sobre sus pasos y se arrepiente de sus culpas: ni es creíble que haya hombres, que, al reflexionar sobre ellas, deseperen de alcanzar el perdón y la santificación de sus almas.

Una y otra parábola tienen la misma significación, y presentan una misma verdad bajo diferentes formas.

Ya el Salvador había propuesto á sus discípulos la parábola del buen Pastor. Si aquí la repite, es para consuelo de aquellos pobres pecadores que le seguían, y escuchaban con toda confianza sus palabras, y para enseñar á los fariseos, duros y altaneros censores de su conducta, que no tenían más religión que la religión del orgullo, de la soberbia y de la envidia. Añade aquí también la circunstancia de expresar la alegría de los ángeles del cielo por la conversión de los pecadores.

San Gregorio se pregunta, por qué en el cielo hay mayor regocijo por un solo pecador que hace penitencia, que por la perseverancia de noventa y nueve justos; y se responde, que la razón de una tal diferencia consiste, en que la mayor parte de los justos, aunque permanecen en el camino de la justicia y viven lejos del crimen, no desean con bastante ardor la patria celestial. Creyéndose á cubierto, porque no tienen crímenes que echarse en cara, caminan con indolencia en la práctica del bien, al paso que con frecuencia sucede, que aquellos que han cometido faltas graves, entran en sentimientos de una viva compunción y se inflaman en un ardiente amor de Dios, entregándose luego á la práctica de las más difíciles y eminentes virtudes.

Llenos de un generoso desprecio de sí mismos, al verse demasíadamente culpables, se esfuerzan en compensar con la penitencia las faltas que han cometido, y tratan de indemnizarse con amar mucho á Dios, de haberle amado tan tarde.

La conducta de los escribas y fariseos de censurar por todo á Jesucristo, se ha heredado por sus legítimos sucesores, los hombres impíos é irreligiosos, que no teniendo religión ninguna, se muestran falsamente celosos de la religión ajena, y observan minuciosamente sus prácticas y sus acciones, para juzgarlos mal en todo sentido.

Si las personas piosas frecuentan los sacramentos, se quejan de que son fanáticas y de que pierden inútilmente su tiempo; y si no lo hacen, igualmente critican que no dan muestras de ser cristianos. Si estos se ejercitan en obras de beneficencia y caridad se les juzga de ociosos, y de que alientan con su conducta la holgazanería y los vicios; y si no lo hacen, se les acusa de no obrar según las máximas del evangelio. De todos modos han de tener siempre algo que decir, y en todo encuentran qué condenar, porque lo que ellos quieren es la destrucción de todo sentimiento religioso, y las prácticas cristianas hieren demasiado sus ojos, para no ver en ellas el triunfo de la más pura moral, que condena y reprueba todo género de malas inclinaciones y de vicios.

De este mismo evangelio se deduce también ese espíritu de tolerancia cristiana, que debe animar á los que profesan la verdadera religión de Jesucristo.

Si el divino Maestro no rehusaba conversar con los pecadores, y atraerlos al buen camino con la predicación y el ejemplo, quiso con esto darnos á conocer toda la inmensidad de su amor hácia ellos, y el grande interés que se tomaba por su conversión y su bién, á fin de que nosotros igualmente tratemos con suavidad y dulzura, á nuestros hermanos extraviados por los errores ó los vicios.

San Salvador, junio de 1883.

SECCION CIENTIFICA.

El Dr. Balmes y Mr. Cousin.

Mr. Cousin nos ofrece tres fases bien marcadas y diversas en la historia de su vida científica y literaria.

La primera comprende el período de 1815 á 1820, en que suplió á su maestro Royer-Collard en la cátedra de *Historia de la filosofía moderna* en la Sorbona. En esta primera época, la menos importante de todas, solo se ocupó de desarrollar las doctrinas de la escuela escocesa, con que Laromiguière, Royer-Collard y Maine de Biran, comenzaron la reacción espiritualista contra el sensualismo y el materialismo del siglo XVIII.

A su regreso de Alemania, donde conoció á Hegel y á Schelling, con quienes contrajo amistosas relaciones, y cuyas lecciones escuchó con interés y simpatía, lo mismo que las de Krause, Schopenhauer y otros filósofos alemanes, hubo en él un notable cambio de ideas. Sin abandonar, y más bien confirmando, sus tendencias racionalistas y las doctrinas reaccionarias que había aprendido en el Liceo de Carlo-Magno y en la Escuela normal, hizo profesión de establecer en su patria un sistema ecléctico, que abrazara, en cuanto pudieran caber, todos los sistemas de las escuelas filosóficas, así antiguas como modernas.

En esta época, la más importante de su vida, parece que se propuso comprobar la verdad de aquel célebre aforismo de Leibnitz: “Todos los sistemas son verdaderos por lo que afirman, y falsos por lo que niegan,” llegando de este modo á asegurar, según él, la verdad del suyo propio, que puso por base de toda su teoría: *El error es la forma de la verdad en la historia.*

Fué en todo el curso de esta misma época, que duró desde 1822 hasta la caída de Luis Felipe, que Mr. Cousin abrazó netamente el racionalismo espiritualista, saturado de las ideas panteístas traídas de Alemania. En su segundo viaje al Norte, estudió más detenidamente, y con mayor profundidad la filosofía de Hegel, de que siempre se mostró, aunque á veces con disimulo, acérrimo defensor.

En una edad madura de su vida, cuando reflexionó con más calma, y dejó de ser en Francia, con la caída de su partido que tanto le elevó, el representante de la filosofía oficial, hizo poderosos esfuerzos por volver á su cartesianismo primitivo, atraer la filosofía á un sentido más práctico y á una sana moral, y reconciliarla del todo con los dogmas y las enseñanzas del catolicismo.

—“Entonces, dice un historiador de sano criterio, ya no afirmaba (Mr. Cousin) la superioridad de la filosofía sobre la religión, como ántes; sino que, por el contrario, recomendaba la alianza de la religión y de la filosofía, como cosa muy natural y necesaria, concluyendo por reconocer y confesar, que entre la una y la otra hay diferencia, pero no contradicción.” “Sin embargo, añade después el mismo escritor, Cousin descendió al sepulcro sin haber abandonado el terreno esencialmente racionalista, en que se había colocado desde un principio.”

Esta última declaración nos basta para que estimemos muy valiosa la autoridad de Mr. Cousin, siempre que sea favorable á la filosofía y á las ideas cristianas; y esto mismo es lo que hemos reconocido al citar, en apoyo de la escolástica, el juicio que de ella se formó.

Es muy curioso ver cómo trata Mr. Cousin de declinar la responsabilidad de sus doctrinas en el primer periodo de su carrera científica.

En la *Advertencia* que precede á la edición en 5 tomos, que bajo su propia dirección se hizo en 1845, de las lecciones dadas en la Sorbona desde 1815 hasta 1820, se espresa en estos términos: “Ellas (*las lecciones*) no son á nuestros ojos, sino el fantasma de un tiempo que ya no existe. ¡Cuantas veces no hemos sido tentados de dar fin á la destrucción comenzada, y de reducir á la nada todos esos papeles (*las mismas lecciones*), muy poco dignos de ver la luz pública!”

Mr. Cousin, al procurar reconciliarse con las ideas cristianas en su último periodo, no ha hecho más que repetir lo mismo que han hecho otros grandes hombres de su escuela. Sin desconocer las doctrinas que ántes había sostenido, trató especialmente de apartar de sí la nota de panteísta, con que en debida justicia se le había calificado, si bien él nunca llegó á mostrarse defensor declarado del panteísmo, ni á formular seriamente su teoría, que solo se deduce de varios pasajes bastante claros de sus obras. Con excepción de este punto, en todos los otros, al menos fundamentales, Mr. Cousin fué siempre consecuente consigo mismo, mostrándose en todo tiempo partidario decidido del método psicológico, que tomó desde un principio de la escuela de Reid en Escocia.

Mr. Cousin está, pues, todo entero en la segunda época de su vida literaria y científica, en que espuso, enseñó y desarrolló sus teorías propias como filósofo y como fundador de escuela. Se declaró abiertamente por el eclectismo, y nó por el eclectismo ordinario, tal como le entendió la escuela neoplatónica de Alejandria, ó la conceptualista de Abelardo en la edad media, sino por un eclectismo especial y suyo propio, que parte de la base de que todos los sistemas, por falsos y absurdos que sean, contienen siempre algunas verdades. De ahí nace que haya desplegado tanto interés en esponer y comentar las teorías filosóficas

de todas las épocas de la historia. De ahí también nace que se haya entregado á trabajos bibliográficos de importancia, y que con tanta paciencia y un celo infatigable, se haya dedicado á buscar, en públicas y oscuras bibliotecas, los códices más auténticos de los más célebres filósofos de la antigüedad y de la edad media, así como á buscar y arreglar manuscritos originales de los más recientes y modernos.

Estos grandes trabajos dieron por resultado, que publicara ediciones muy correctas de las obras de Proclo, de Platón y de Aristóteles entre los antiguos, del P. Andrés y de Maine entre los modernos; fragmentos traducidos y comentados de Jenófanes, Zenón de Elea, Eunapo y Olimpodoro, así como también de Abelardo, Rabano Mauro, Gerberto, Bernardo de Chartres, y otros varios filósofos de la edad media; por último, análisis muy detallados y críticos de las teorías y doctrinas de Locke, Condillac, Smith, Kant, etc. etc.

—“Publicar sistemas, dice con razón su discípulo Jouffroy, y de los sistemas sacar la filosofía, tal ha sido el plan de Mr. Cousin”

Esta sola frase de persona tan autorizada, y que fué por muchos años su más entusiasta admirador, resume toda la carrera filosófica de Mr. Cousin.

No sería, pues, de extrañar, que con ese prurito hubiera incurrido á veces en algunas contradicciones. Encontraba siempre algo de bueno y provechoso en todas las filosofías, y de todas ellas quiso sacar partido á favor de su eclectismo. Pretendió juntar en una sola escuela á Vyasa y Kapila, á Platón y Aristóteles, á Roscelin y San Anselmo, á Abelardo y Guillermo de Champeaux, á Kant Condillac; y de todas las filosofías, oriental, helénica, greco-romana, alejandrina, patristica, escolástica, baconiana, cartesiana, germánica, etc., formar una sola filosofía.

Spectatum admitti, risum teneatis, amici!!

La época más tumultuosa y agitada de la vida de Cousin, fué sin duda la de los años de 1828 y 1829, en que segunda vez apareció en la Sorbona, bajo el ministerio de Martignac, enseñando, como ántes, *Historia de la filosofía moderna*; época en que se disputaba con Mr. Guizot y Mr. Villemian, el triunfo de la palabra y de la elocuencia sobre una entusiasta muchedumbre, que los escuchaba con asombro.

En su prólogo á la edición de los *Fragments*, Mr. Cousin se espresa así: “Los cursos, tanto de la primera série (1815—1820), como de la segunda (1828—1829), si se exceptúa las lecciones consagradas á los sistemas de Locke, de Reid y de Kant, contienen ante todo *vistas generales* sobre la filosofía y su historia.”

Es verdad, Mr. Cousin en sus lecciones y discursos de una y otra série, solo habla de *vistas generales*, con las que no puede fijarse bien el sentido concreto de las doctrinas que sustenta. Es bien sabido, que este modo de espresarse dá naturalmente origen á interpretaciones diversas, y que esas fórmulas universales hacen incurrir en contradicciones, por lo menos aparentes, pues que la misma universalidad nunca puede ser tal, que no admita excepciones cuando se la aplica á casos particulares.

Esta manera de espresarse no deja también de ser común entre algunos modernos sabios y literatos franceses, que han dado así motivo á que de sus libros se saquen argumentos y razones en apoyo de las más encontradas opiniones. Pudieran servirnos de ejemplo los escritos todos de Mr. E. Pelletán y algunos del astrónomo popular Mr. C. Flammarion, así como entre los españoles pudiera también citarse al tribuno don E. Castelar, especialmente en sus *Discursos políticos* y en sus *Lecciones del Ateneo*.

El canciller D'Auguessaou, en sus instrucciones á su

hijo, le hace notar, que la mayor parte de esos axiomas jurídicos, reconocidos con el nombre de *Reglas del Derecho*, son falsos por la demasiada generalidad en que están redactados y concebidos.

Si esta observación es justa y de buena crítica cuando se trata de determinar el sentido de la doctrina propia de un autor, no lo es cuando se aplica al juicio que el mismo autor forma de las doctrinas ajenas. Muy fácil es percibir la diferencia.

Pero oigamos todavía al mismo Mr. Cousin.

En la advertencia preliminar con que dió á luz en 1847 sus cursos de 828 y 829, trata de excusarse de las imputaciones que se le han hecho por las doctrinas allí espuestas. "Esta segunda série de mis cursos, dice, es superior á la primera, por la importancia de los problemas y por la estension del horizonte que abrazan. Pero de estos tres volúmenes, el primero, que contiene las lecciones de estío de 1828, se resiente, es necesario decirlo, de la precipitación con que Mr. Guizot y yo creímos deber hacer uso de la palabra que nos era devuelta. Falto del tiempo necesario á una justa preparación, debí tomar un *objeto muy general*: presenté una *Introducción á la historia de la filosofía*, en que las más altas cuestiones eran abordadas con valor y buena fé, y espuestas á *grandes rasgos*, pero nó verdaderamente establecidas las soluciones que de ellas daba la nueva filosofía. Necesario es ponerse en nuestro lugar, y acordarse de aquel tiempo (1828) tan diferente del nuestro. El espíritu público había hecho de nuestras cátedras otras tantas tribunas. . . . Esa inmensa multitud ejercía presión sobre el profesor. Añadid, que luego de pronunciada una lección y apenas revisada, aparecía en el público y se distribuía. A pesar de esto, sostengo aun hoy día como verdaderas, todas las ideas fundamentales de esas primeras lecciones. Pero sin que sea mi ánimo dar testimonio contra mí mismo, no tengo necesidad de gran modestia para reconocer, que allí se encuentran proposiciones atrevidas, ó más bien excesos de lenguaje, escapados al ardor de la improvisación, y que ya habría hecho desaparecer sin vacilar, si la calumnia, envenenándolas, no me las hubiera hecho irrevocables. El honor no me ha permitido corregirme. . . ."

Esta ingénuo confesión es bastante para excusar á Mr. Cousin. Las circunstancias políticas, que para él y todo su partido fueron tan delicadas en tiempo de Carlos X, influyeron mucho en la dirección que tomaron sus esplicaciones de cátedra. Martignac le había dado la de *Historia* en la Sorbona, y era preciso, para conservarla, usar de toda discreción y prudencia.

Además, el terreno panteísta es demasiado deleznable y resbaladizo, nó solo para Cousin, sino para todos los sábios y grandes génios. Así nos lo enseña á cada paso lá historia. Cousin jamás profesó formalmente el panteísmo, sino que éste solo se dedujo de sus doctrinas importadas del norte, y de la suya propia sobre la necesidad absoluta de la creación en Dios. No negamos que con justicia se le haya acusado; pero no han sido también acusados de panteístas santo Tomás de Aquino, Malebranche, y aun el apóstol san Pablo y san Juan evangelista, sin haber soñado nunca en admitir tan descabellada doctrina?—No es, pues, extraño que Mr. Cousin, al ver la acusación que se le dirigía con sus mismas frases, se haya sorprendido de haber espuesto de una manera tal vez inconciente, una doctrina en que jamás acaso pensó, y que sosteniendo por honor lo que antes había dicho, hiciera esfuerzos por esplicarse á sí mismo en un sentido ortodoxo.

También fué muy fácil que se recibieran como doctrinas propias, las que, en su monomanía ecléctica él

esponía como derivadas de los ajenos sistemas, ó que se tomaran por esposiciones de detalle las *vistas generales y proposiciones atrevidas*, que se escaparon al ardor de la improvisación, ó que dictaron las políticas circunstancias de la época. "Mr. Cousin sostenía, dice uno de sus biógrafos, que el eclecticismo no era un sistema, sino meramente la manifestación del génio moderno de la libertad y tolerancia en materia de filosofía: se empeñó en separar la religión de la filosofía, y en demostrar la legitimidad de los esfuerzos de los filósofos para llegar á la verdad por medio de las solas fuerzas de la razón."

Mr. Cousin, además, era buen francés, y creía, como los buenos franceses, que la Francia debía dar á todo el mundo civilizado la *moda* de la filosofía, como dá la de los trajes, sombreros y calzados. Por esto se le oye afirmar á cada instante, que él propone á la aceptación de la Francia una nueva filosofía, la *filosofía ecléctica*, para que sea la filosofía moderna, la *filosofía del siglo XIX!* Pretensión nó muy modesta por cierto!

El doctor Balmes también era muy buen español, y muy amante de su religión y de su patria: por esto luchaba á favor de una y otra contra la invasión tumultuosa y repentina de las doctrinas panteístas, y especialmente krausistas, que había importado á España de la nebulosa Alemania, el señor Sanz del Río á la vuelta de su emigración por el Norte.

El nombre y fama de Mr. Cousin había atravesado los Pirineos, y sus obras se traducían y leían con interés en España, causando estragos panteístas en el seno de su entusiasta juventud, que ya estaba preparada con traducciones directas de libros hegelianos y krausistas, llevados por su compatriota del Río.

Así es como se esplica que el doctor Balmes, después de haber reconocido los grandes talentos indisputables de Mr. Cousin, se haya esforzado por mostrar las contradicciones en que incurrió respecto de sus afirmaciones panteístas, á fin de quitar á sus doctrinas todo prestigio y ascendiente.

Después se ha calificado á Mr. Cousin con menos severidad y más justicia por escritores católicos de gran valía, nó solo en Francia, sino también en la misma España. Entre los franceses figura el difunto Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, y entre los españoles el Ilustrísimo señor Gonzalez, obispo de Córdoba.

Nó solo se ha encomiado por muchos su famosa teoría ideológica, que ha formado escuela separada, sino que se la ha encontrado tener notables puntos de contacto con la de santo Tomás de Aquino.

Se asegura que Mr. Cousin, en su *Curso de historia* de 1.829, definió el escolasticismo diciendo que es "la aplicación de la filosofía como *simple forma* al servicio de la fé;" y se pretende que con este aserto contradice los elogios que en otros lugares de sus obras hace de la escolástica.

Hemos vuelto á leer con mucho detenimiento la larga lección 9ª del primer semestre de 1.829, que Mr. Cousin dedicó esclusivamente y por completo á hablar de la escolástica, y lejos de encontrar allí esa frase, hemos tenido el gusto de ver confirmados, una vez más, los merecidos elogios, que el fundador del eclecticismo francés, tributa á la filosofía de la edad media.

Para el número siguiente nos reservamos hacer aclaraciones sobre esta nueva idea.

San Salvador, mayo de 1883.



ORONIA INTERIOR.

Remitido.

Expresión de gratitud.—Hemos tenido el gusto de leer la interesante obrita salida de la muy bien cortada pluma del Señor Presbítero Dr. Don Manuel F. Vélez, intitulada "*Lecciones de Lógica*", que el autor ha tenido la atención de dedicar á la Juventud Salvadoreña que se consagra á las carreras literarias y científicas, como prenda de simpatía y de cariño.

La reconocida ilustración del Señor Presbítero Dr. Vélez, así como su competencia y la pureza de sus doctrinas en materia filosófica, que le han captado la admiración de los hombres de letras de nuestra culta sociedad, nos hacen aceptar con confianza y con agrado un trabajo que calificamos de utilísimo, atendidas las cualidades sobresalientes que adornan á su autor, y que son la mejor recomendación y el mejor elogio que de su importante obra puede hacerse.

Como miembros de esa bella porción de la sociedad que se llama "Juventud", y de la juventud que se consagra á las carreras literarias y científicas, á quien el apreciable Dr. Vélez ha tenido la fineza de dedicar su precioso trabajo, rendimos nuestros más cordiales agradecimientos á tan estimable y virtuoso Sacerdote por esa muestra de simpatía y cariño, asegurándole nuestra estimación, respeto y aprecio.

Colejio del Sagrado Corazón de Jesús.

Nueva San Salvador, 23 de Mayo de 1883.

Los alumnos de las clases de Filosofía.

La nueva Catedral.

La Junta Directiva de esta obra, que debe ser el principal monumento de la fe y de la piedad de la Diócesis del Salvador, continúa haciendo los mayores esfuerzos para que el templo corresponda á sus grandes significaciones.

Se ha logrado ya armar la hermosa cúpula que debe coronarlo. Su altura es de más de 35 varas; su forma circular y cimétrica es en todo conforme á las leyes del arte; en la solidez de su estructura, se ha consultado la fuerza de los terremotos que frecuentemente conmueven nuestro suelo.

En lo que se ha hecho hasta ahora se han invertido todos los fondos eclesiásticos que podían destinarse á esta obra y las contribuciones que han dado el Clero y algunas de las parroquias de la Diócesis. Pero como aún falta todavía mucho, la Junta Directiva tiene que apelar ya á la religiosidad de los católicos, principalmente á los de esta Capital, á quienes no se les ha pedido aún ninguna contribución.

Este llamamiento es tanto más necesario y urgente, cuanto que servirá para cubrir lo que está hecho hasta ahora, que ciertamente se perdería ó se deterioraría mucho, si quedare expuesto á las lluvias.

La Junta Directiva en una de sus próximas pasadas sesiones acordó nombrar comisionados, que recorriesen semanal ó quincenalmente todos los barrios de la Ciudad, para solicitar estos recursos, reservándose la misma Junta ir á las casas del Centro.

Sabemos que el Ilmo. Sr. Obispo, acompañado por cuatro de los vocales, fué el lunes pasado á algunas casas, que se mostraron muy generosas y ofrecieron cuantiosas limosnas.

Esperamos que el pueblo salvadoreño, tan entusiasmado por todo lo que se relaciona con sus creencias y con el ornato de la Capital, contribuirá con la misma generosidad á la construcción de este monumento, que lo es igualmente de su religión y de su patriotismo.

Otra fiesta.

El día de Corpus tuvo lugar una fiesta, de esas que en el gran mundo pasan desapercibidas y que quizá son despreciables ante la moderna civilización; pero que á los ojos de la verdadera cultura tienen gran significado y son conceptuadas en su verdadero valor.

Nos referimos á la celebración del Corpus en la cárcel de esta Capital, que por un instante se convirtió en templo y en altar, para ofrecer á Dios los corazones y afectos de los que allí se encuentran separados de sus concuadanos.

Ellos también, aunque desgraciados, son hombres, son nuestros hermanos; por consiguiente no pueden dispensarse de rendir á su Criador el tributo de sus cultos, y tienen igual derecho á participar de los beneficios saludables y de las santas alegrías que la Iglesia católica reparte á todos sus hijos.

Muchos presos, convenientemente instruidos y preparados desde varios días antes, purificaron sus almas con el Santo Sacramento de la confesión y con los ejercicios de piedad.

La justicia humana, que generalmente se propone la corrección del reo por medio del dolor y de las privaciones que causan la pena y la prisión, no siempre consigue su fin; muchas veces esos medios suelen hacer al hombre más protervo y suelen condensar más sus pasiones. Pero la religión consigue siempre indefectiblemente ese mismo fin, cuando le permiten penetrar en esos recintos para llevar á sus moradores la fe, que les muestra la santidad de los mandamientos violados y la piedad que les enseña las recompensas eternas. El vicio cae entonces de rodillas al golpe mágico de esas influencias; hiere su pecho con el arrepentimiento; traza desde ese punto la nueva línea de conducta que recorrerá en el futuro; la marca con sus lágrimas; la signa con el recibimiento y abrazo de su Dios, y la emprende con la energía que le han comunicado los dones celestiales.

En la mañana del jueves de Corpus muchos señores y señoras de primera distinción, se dirigieron á la cárcel para acompañar á los reos en esos momentos; adornaron con esquisito gusto su altar, su capilla y sus corredores; se celebró el santo sacrificio de la Misa, al que asistieron todos con cristiano recogimiento; algunas señoritas tocaban el piano y cantaban himnos religiosos. A la hora conveniente 84 presos, mezclados con los no presos, recibieron la *Sagrada Comunión*, mientras las armonías del piano y de los himnos hacían en su alma brotar como eco fiel, las armonías de la devoción y de la piedad.

Concluidos los actos religiosos, se les sirvió un desayuno en el que presidió la alegría y la cordialidad; se les distribuyó también la abundante limosna, que una Señora caritativa de fuera de la Capital, había enviado al Ilmo. Señor Obispo con este objeto.

Aunque no hubiera otras pruebas de la divinidad del catolicismo, basta presenciar uno de estos actos, al parecer tan pequeños, para convencerse de ella. Porque no es posible que deje de ser divino el poder, que así triunfa del vicio y de las pasiones humanas; que así transforma las cárceles en templos; que así une las clases más separadas; que así enlaza las condiciones más distintas; que así cambia las penas en alegría; que así cierra las heridas del corazón.

Fiestas Religiosas.

El Domingo pasado se celebró el Corpus en la parroquia rectoral de Santo Domingo; el jueves la Octava del Corpus en la Catedral; y hoy se celebra la misma festividad en la parroquia rectoral de la Merced.

Nada tenemos que añadir á lo que dijimos en nuestro pasado número acerca del Corpus de Catedral. La misma concurrencia, igual entusiasmo; la misma piedad, igual esmero en los adornos y en el ornato de las calles. Es cualidad exclusivamente propia de las fiestas religiosas no cansar jamás, por más que se repitan y multi-

pliquen; á diferencia de las otras fiestas que luego sacian y fastidian.

El Corpus se celebra anualmente en todas las naciones, en todos los templos de cada nación, y siempre encuentra en los corazones el mismo entusiasmo, siempre causa en ellos nuevas impresiones, sin que su repetición y su multiplicidad las disminuya.

Es que en el fondo de las fiestas religiosas hay algo superior á lo humano, algo de lo inagotable infinito, que aunque llene una vez el corazón, queda intacto y dispuesto para llenarlo otras mil.

Las otras fiestas puramente humanas, son ó inferiores ó iguales á la capacidad del alma; y por esto, ó nunca la llenan, ó si la llenan una vez, quedan agotadas y exhaustas para que su repetición satisfaga otra vez.

Fin del mes de María.

El jueves pasado concluyó la celebración del MES DE MARIA en la Catedral.

Los treinta y un días del mes fueron distribuidos entre otras tantas familias, que, con piadosa emulación, rivalizaron en obsequiar á la Santísima Virgen.

Casi todos los días estuvo expuesto el Santísimo Sacramento, y en los que esto no se hizo por algunas causas graves, estuvo expuesto á la hora de la Misa cantada y durante los oficios de la tarde.

Muy grande es el número de las comuniones que se han hecho durante el mes, y muy grande la concurrencia á todas las prácticas, á pesar de celebrarse simultáneamente en la Merced y en el Calvario.

No podemos dejar de hacer una especial mención de los dos días que tocaron al Colegio de Señoritas.

Todas las alumnas uniformadas formaban un grupo en que se advertía la piedad y el recogimiento, principalmente á la hora de la sagrada comunión que todas recibieron, y cuando estaban en los oficios de la mañana y de la tarde.

Si la devoción á la Santísima Virgen es tan simpática para el católico de todas condiciones, tiene un encanto irresistible para el corazón de la mujer en los primeros años de su vida. María se le presenta como el ideal más perfecto de la dignidad, de la virtud, y de la excelencia de la mujer; y la belleza de estas formas atraen á las almas inocentes, y les señalan los rectos senderos que deben recorrer en su vida.

Damos nuestra enhorabuena y cordialmente felicitamos á todas las familias que se han esforzado en obsequiar y venerar á la *Santísima Madre de Dios, y tiernísima Madre de la humanidad*.

Gato por Liebre.

Debemos en rigurosa justicia á la cortesanía del Sr. redactor de EL ESCOLAR una rectificación importante.

En nuestro suelto del número anterior, *Algo más sobre la filosofía escolástica*, tomámos, sin pensarlo ni advertirlo [quién lo creyera! *gato por liebre*].

Refiriéndonos á la cita que de *Bacón* hace Mr. Laurent, creímos que se hablaba del gran canciller de Jacobo I, del barón de Verulam y conde de San Albano, de FRANCISCO BACÓN, el padre de la moderna filosofía empírica, á quien se refieren todos los libros, cuando simplemente y sin aditamento ninguno, citan á *Bacón*.

Después nos fijámos en la anotación marginal, y nó con poca sorpresa nuestra, vimos escrito ahí, con caracteres muy pequeños, ROGER BACÓN!

“No hay remedio, nos dijimos, ha habido *gato por liebre*; y qué liebre! señor, más temible y corpulenta que los tigres del desierto.”

¿Pudieran ni siquiera imaginarse los redactores de “El Católico,” que Mr. Laurent se dignara ocurrir á la autoridad del humilde fraile franciscano de Hechester, del *Doctor admirable*, como se le llamó por sus notables descubrimientos ópticos y químicos, en apoyo de su opinión desfavorable á la filosofía escolástica? ¿Quién había de pensar, si no fuera muy sándico, que un partidario del ex-

céptico Bayle, de aquel que todavía protesta en todas sus obras, como protestó ante Polignat, *contra todo lo que se dice y lo que se hace*, había de apoyarse en un *blindado* escolástico para atacar la escolástica?

Ahora sí que ya no sospechamos, Sr. Redactor, sino que afirmamos, que el pasaje de *Bacón* no está bien aplicado por Mr. Laurent, y que la verdad de á puño que allí sustenta Fr. Roger, es la misma de santo Tomás y de todos los mejores escolásticos de su tiempo, sobre el valor del criterio de autoridad humana en asuntos y cuestiones de filosofía y metafísica.

No se trata, pues, en esas frases vagas y generales, como al principio sospechábamos, de desacreditar y hacer venir por tierra los antiguos sistemas filosóficos y sus métodos de conocer la verdad, sino solo de sentar la máxima incontestable, de que en materias filosóficas debemos con toda preferencia consultar la razón, y no la autoridad de los sábios, que nó tendrán otra fuerza, que la de las razones en que se apoyan.

En la *Lógica* del difunto canónigo Sanseverino, de quien se ha dicho con verdad que ha levantado con su admirable y erudita obra de *Philosophía Christiana*, que por desgracia nos ha dejado incompleta, el mayor y más espléndido monumento de la escolástica en el siglo XIX, se demuestra con toda estensión, y con extraordinario acopio de autoridades y de citas, que ésta, y nó otra, fué la doctrina sostenida por todos los filósofos de la edad media, aun de aquellos que colocaban la teología y la fé cristiana en el fondo de sus elucubraciones científicas (*Log.* tom. IV, part. 3ª, cap. V, art. 2).

Y es de notar, que el sabio redactor de *La ciencia y la fé* sostuvo calorosamente esta tesis contra la escuela católica, reaccionaria y tradicionalista de Francia, es decir, contra Bonald, Lamennais, Bautain, y otros, todos *hombres de iglesia*, como hoy se dice. Combatió su criterio filosófico tradicionalista, con el criterio racionalista de la edad media.

Mucho pudiéramos decir del modesto sabio franciscano, Fr. Roger Bacón, filólogo, matemático, químico, físico, partidario del escolasticismo místico, admiración de su siglo y aun de los que le han seguido, y primer inventor del método experimental aplicado á las ciencias naturales. El gran canciller *Bacón*, al arrebatarle esta última gloria en el mundo moderno, le ha copiado mal: porque el primer *Bacón* dejó la filosofía en poder de la razón humana, en tanto que el segundo *Bacón* la dejó ¿puede creerse?... en poder de la teología y de la revelación divina!! [Risum teneatis!].

Suplicamos al Sr. redactor de EL ESCOLAR que se sirva benignamente perdonar nuestra inadvertencia y ligereza, que si las razones espuestas no bastan para escusar del todo nuestra falta, servirán al menos para atenuarla, y en todo caso para hacernos otro día más cautos, y no esponernos, con peligro de indigestión, á comer *gato por liebre*.

San Salvador, Mayo de 1883.

SECCION DE VARIETADES.

Primera Comunión de una Princesa de Francia.

El día 8 de Abril de 1790 hizo su primera Comunión una piadosa é ilustre Princesa, heredera del reino de Francia.

Por la mañana de aquel solemne día, habiendo la Reina conducido á la cámara del Rey á la joven princesa, le dijo:

—“Hija mía, échate á los piés de tu papá y pídele su bendición”.

La niña se postró; el padre la bendijo y le dirigió, con toda la efusión del amor paternal, estas bellas palabras, que apenas se pueden oír sin enternecerse.

—“Del fondo de mi alma te doy la bendición, hija mía, pidiendo al cielo te dé la gracia de apreciar bien la grande acción que vás á hacer.

—“Tu corazón es inocente y puro á los ojos de Dios: tus súplicas deben serle agradables; ofrecélas pues por tu mamá y por mí.

—“Pídele me dé las gracias necesarias para hacer la dicha de los vasallos que ha puesto bajo mi imperio, y que debo considerar como hijos míos.

—“Pídele se digne conservar en este reino la pureza de la santa Fé; y acurédate bien, hija mía que la religión es la única fuente de toda dicha, y nuestro sostén en las adversidades de la vida.

—“No creas tú que estés al abrigo de ellas: eres muy joven todavía, y no obstante has visto ya á tu padre afligido más de una vez. No sabes, hija mía, á que te destina la Providencia; si permanecerás en este reino, ó si irás á habitar en otro.

—“En cualquier lugar en donde la mano de Dios te coloque, acuérdate que debes edificar con tus ejemplos, y hacer el bien cuantas veces hallares ocasión.

—“Más sobre todo, hija mía, alivia á los desgraciados siempre que te sea posible. Dios no nos ha hecho nacer en el rango en que nos hallamos, sino para labrar su dicha y consolarles en sus penas.

“Acércate al altar donde te aguarda ya el Dios de las misericordias, y ruegale encarecidamente, que no olvides nunca los tiernos avisos de tu padre”.

El padre y la madre levantaron á la hija que habia permanecido arrodillada: y los tres derramaron dulcísimas lágrimas de ternura y de piedad.

M. Pratmans.

El Celebre Mozart.

Mozart fué, al mismo tiempo que prodigioso músico, un gran cristiano.

Su padre era hombre de clarísimo entendimiento, de excelente juicio y de rectas intenciones, que comprendió perfectamente la grave carga que Dios había echado sobre sus hombros al darle un hijo, cuyo nombre inmortalizaría la fama.

—“Vive, le decía, como verdadero cristiano, como buen católico. ¡Ama y teme á Dios! Vive de tal manera, que, puesto el caso que yo no te viese más, la hora de mi muerte no sea para mi hora de turbación y de angustia.”

Habiendo recibido Mozart una educación tan sólidamente cristiana, no podía menos de vivir conforme á sus creencias.

—“Tengo siempre á Dios delante de mis ojos, escribía el 24 de Octubre de 1777; reconozco, acato y confieso su omnipotencia; temo su justicia, más al mismo tiempo conozco su bondad, su misericordia y clemencia para con las criaturas. Jamás abandona á los que le sirven. Si las cosas que me sucedan las dispone su voluntad, yo las estimaré como venidas de su mano. Así nunca dejaré de considerarme dichoso.”

Dedicábase á sus tareas con tal asiduidad y concentración de facultades, que costaba trabajo hacerle fijar la atención en nada que no fuera su arte. Muchas veces en medio de aquel entusiasmo, caía desmayado en el suelo, y había que llevarle al lecho donde tardaba horas en recobrar el sentido.

Mozart se moría lentamente, devorado por la llama del genio, y hablaba á cada paso del presentimiento de su último fin.

Este gran artista murió en Viena el 5 de Diciembre de 1791, lleno de fé y con admirable serenidad de espíritu.

Desde mucho tiempo atrás, estaba dispuesto á comparecer delante de Dios. Así vemos en una de sus cartas del año de 1789 estas admirables palabras:

“Como la muerte, si bien la consideramos, es verdaderamente el término de nuestra vida, estoy hecho ya no pocos años tan familiarizado con este *verdadero amigo del hombre*, que su imagen lejos de ser para mí espantosa, se me muestra dulce y conmovedora. Doy rendidas gracias á Dios, por haberme concedido la gracia de considerar á la muerte como la llave, que me abrirá las puertas de la Bienaventuranza. Ninguna noche me acuesto sin pensar que, aunque soy joven, puedo no levantarme mañana; y á pesar de este mi continuo pensamiento, nadie podrá decir que estoy triste. Agradezco á mi Criador esta dicha y se la deseo á todos los hombres.”

La última obra del gran artista fué una *Misa de Requiem*, que consideraba como el monumento de su genio más verdadero y que, pocos días antes de morir, quiso cantar en su mismo aposento varios amigos y discípulos suyos.

[De la Revista popular.]

La Corderilla Blanca.

Cayó un día en un charco
La corderilla blanca;
Y cuando allí la vieron
Las graznadoras ranas,
Colmáronla oficiosas
De torpes alabanzas;
Y encareciendo mucho
El sitio que habitaban,
Quisieron persuadirla
Que no lo abandonara.

La cándida cordera,
Que nunca frecuentaba
Lugares tan impuros,
Notó que se empañaban
Los ampos de su nieve
Con las fangosas aguas;
Y entonces, acallando
La pesadumbre amarga
Que su pecho afligía,
Fingió darles las gracias;
Y desde el seno hediondo
De aquella turbia balsa,
Velóz corrió á la fuente
Y allí lavó sus manchas.

Solicitó sin duda
El Pastor la accehaba;
Pues viendo que volvía
Ya limpia á la majada,
Clamó:—“¡bendita sea
“La corderilla blanca!”

Hay para el alma frágil
Que ha resbalado incauta
En el charco del vicio,
Y que, al notar sus manchas
Se lava arrepentida
Y vuelve á la majada,
Otro Pastor divino
Que desde el cielo esclama:
—“¡Bendita una y mil veces
“La corderilla blanca!”—

Felipe Jacinto Sala.